

al gobernador; que se trataba nada menos que de la muerte del joven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle, jurándole que jamás había pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada finjó indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el joven Almagro de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando así todo pretexto al odio y la desconfianza. ¿Pizarro suscribió á esta petición? Los historiadores no han dado á conocer la determinación del gobernador, y dicen únicamente, que aseguró á Rada que ya dispondría le diesen cuanto le hiciese falta. Rada al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecución del proyecto para el próximo domingo 26 de Junio de 1541.

El viénes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote, que se apresuró á ir á informar al gobernador; pero éste, cuya confianza y seguridad no podían ser alteradas por ningún aviso, respondió que no podía creer existiese una conspiración contra sus días, y que la visita reciente de Rada, y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiración imaginaria, como cálculo de alguno, que teniendo que pedirle algún favor, quería valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Después de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al día siguiente, se levantó con menos confianza, y creyó que debía tomar algunas precauciones. Hacia ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; pero él se temía que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la corte de España, y esta consideración le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que había recibido decía que el domingo había de estallar la conspiración, no quiso en este día salir de su casa, y en lugar de ir, según su costumbre, á la iglesia para oír misa, hizo que se la dijese en su aposento. Al medio día fueron llegando sus principales oficiales á quienes había convidado á comer: esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al gobernador, porque en aquellos países donde reinan grandes calores, el centro del día suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conjurados armados de piés á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: "¡Viva el rey! ¡muera el tirano!" A esta señal que estaba convenida, los demás conjurados dispersos por la ciudad, acuden todos al

palacio del gobernador. Acababa este de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos mientras que la mayor parte de su servidumbre se había retirado á descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia que les permitió penetrar sin ser vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él antes que Pizarro supiese su llegada. Rada había tenido la precaución de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: "¡El tirano ha muerto!" Así es que todos los amigos del gobernador, que acudieron á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habían llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pajes, que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro, intrépido como en un día de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturcido, y sin obedecer la orden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuáles eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió en el pavimento, sin vida y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al gobernador, que había entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara su hermano (1), dos amigos y dos pajes ya mancebos. Todos los demás saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cojió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados gritando á los pocos amigos que le eran fieles: "¡Valor, camaradas! ¡Todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!" Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de piés á cabeza tenían demasiada ventaja sobre sus contrarios, espuestos casi sin defensa á sus golpes. Alcántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirijian, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco, teniendo tan cansado el brazo, que apenas podía manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los piés de los conjurados.

Acto continuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas para anunciar la muerte del tirano. Doscientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al joven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único

(1) La diferencia del apellido consiste en que era solo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legítimo solo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo, bastardos como el gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martín de Alcántara.

(Nota del traductor.)

y lejítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonadas al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado llamado Bárbara, pidió licencia al nuevo gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para esponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunía eminentes cualidades y talentos que infunden admiración, á vicios y defectos que le hacían odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetración para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecución de sus designios, había adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero también era falso, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambición y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo y otros muchos que hizo perecer. "Era, dicen los historiadores contemporáneos, de una constitución robusta: en él la energía de carácter y la constancia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Así que se encontraba armado se creía invencible, y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas, á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenía en su valor y en la fuerza de su brazo."

Privado de toda clase de instrucción, porque ni aún sabía firmar, la suplía con su inteligencia natural, ayudada de la atención, la paciencia, la reflexión y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre los que su secretario escribía las palabras: *Francisco Pizarro*. Había en él el jermen de un grande hombre: pere faltó la educación para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecían insuperables á su tesón: su alma no era extraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la jenerosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambición, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos de su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto día que uno de sus oficiales, que no estaba rico, había perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota donde solía concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitación; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traía, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargando con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro

llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces mas, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En jeneral se ha observado que se complacía en ocultar sus beneficios, y la discreción de su jenerosidad, siempre acompañada de delicadeza, revela el instinto natural de un noble corazón.

Al pasar un río en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenía dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz arrebatado por la rápida corriente iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corría, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habían temblado por su vida, viéndole esponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. "Bien se conoce, contestó él, que no sabéis cuanto vale un buen criado." Palabras admirables, que nunca estarian de mas repetir á la opulencia egoísta é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era estremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temían que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del gobernador, se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernán Cortés; pero así que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la lijera, con un pañuelo al rededor del cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenía grande afición. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condición: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y cesijia que durante la partida no mirasen en él al gobernador del Perú. Así es que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota, ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesión y escrupulosa fidelidad al emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solía levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caían de la balanza y las añadía á la parte correspondiente al emperador. Como algunos circustantes se sonriesen al verle ejecutar esta acción: "Si no tuviera manos, les dijo, recogería estos pedacitos con mi boca." Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

XIV.

NAUFRAYO DEL SLOOP BETSEY EN 1756.—MAR DE LAS ANTILLAS (1).

El naufragio que en la costa de Guyana holandesa ocurrió en Agosto de 1756 al capitán Felipe Au-

(1) Extractado de las *Aventuras de los viajeros*, por P. Blanchard.

bin, nos parece acompañado de particularidades propias á escitar la curiosidad ó interés de nuestros lectores: entresacamos sus pormenores de la relacion misma del capitan, pues nadie mejor que este valiente marino puede describir los peligros que corrió y los males que sufrió en esta ocasion.

Me dí á la vela, dice, el 1.º de Agosto de 1756, y partí de la bahía de Carlisla para ir al Surinam, establecimiento holandés del continente. La bahía de Carlisla se halla contenida en la rada de Bridgetown, en la parte meridional de la Barbada, una de las Antillas. Mi sloop, ó barco bermudiano, construido de cedro, contenia en su cargamento entre otras muchas cosas, cierto número de caballos. En la noche del 4 de Agosto, una oleada inmensa, que pasó por cima de proa, hundió el barco de tal modo, que arrebató cuanto habia en el puente, y nos sumerjió hasta la garganta en el mar. La mitad de la tripulacion, compuesta de ocho hombres, sin contar yo, pereció en sus lechos mismos, sin tiempo para eschalar un suspiro. Al punto que pasó la ola, tomé la hacha colgada al lado del timon con intento de cortar los obenques ó impedir que zozobrara el barco; pero fué diligencia inútil; todos mis esfuerzos no estorbaron que se tendiese sobre un costado dando en agua con el velámen; los caballos y sus tinglados voltearon unos sobre otros, sumerjiéndose todo en el agua.

No tenia mas que una lancha de doce á trece piés de largo fija entre la bomba y el borde del barco, y aunque la casualidad hizo que no estuviese amarrada, perdimos la esperanza de verla flotar á causa de un gran cable que tenia dentro de sí, cuyo peso la hacia ir á fondo. En tal estremidad y asido solo de un cable, me despojé de mi ropa, al propio tiempo que buscaba con ansiedad alguna escotilla, tablon ó arca á que asirme, para conservar mi vida tanto cuanto pluguiera á Dios; en esta situacion, divisé á mi segundo y á los dos marineros de cuarto (1), pendientes de un obenque, impetrando para sus almas la misericordia divina. Les eshorté diciéndoles, que el hombre que no se resignaba con la muerte, cuando agradaba á su Creador retirarlo del mundo, no era digno de vivir: les aconsejé que se quitasen los vestidos como habia hecho yo, y trataran de apoderarse del primer objeto que pudiera conservarles su vida mas tiempo. Mr. Williams, mi segundo, siguió mi consejo, se desnudó y se arrojó á nado buscando alguna cosa á que cojerse, mas apenas anduvo algun corto espacio cuando me gritó: "¡La lancha! ¡aquí está la lancha, boca abajo!..." Nadé hacia él y le encontré asido de la quilla de la lancha: combiné mis esfuerzos con los suyos para volverla, pero sin éxito; Williams, mas fornido que yo, se plegó en arco, apoyando los piés en la cinta, y cojido de la quilla, casi logró levantarla; por fin, ayudando yo con los hombros y secundados por la ola, la enderezamos, pero estaba llena de agua. Salté dentro y bajo la cabeza del palo del barco co-

(1) A bordo, el servicio de la tripulacion se divide por cuartos: generalmente no está de servicio en el puente mas que el cuarto de la tripulacion.

mencé á aballear los balancines de la verga grande, que se elevaba fuera del agua quince ó veinte piés de longitud cada vez que el barco chocaba entre dos olas. Con el cabo de la amarra de la lancha, teniéndole por un extremo, conseguí envolver la cabeza del palo, pero cada vez que se levantaba, nos levantaba tambien á la lancha y á mí fuera del mar; en uno de estos momentos solté el cable, y de la sacudida se vació de agua una cuarta parte de la lancha. Sin medios de sujetar por debajo el palo y les obenques, caian sobre mí y me hundian en el mar.

Despues de intentar muchas veces vaciar de agua la lancha sin adelantar mas que aporrearme cruelmente, me puse á aballearla hácia los obenques, pero el barco estaba tan sumerjiado, que no se divisaba mas que una parte de la popa, sobre la cual insistian asidos de un cable mi segundo y los otros dos marineros. Entonces me arrojé al agua con la amarra de la lancha en la boca, dirijiéndome hácia mis subalternos con objeto de alargársela y combinar reunidos nuestros esfuerzos á fin de sacar la lancha por bajo de la popa del barco, donde se sostenian. De este modo, aunque á costa de fracturarme un muslo en una de las sacudidas de la lancha contra el barco, logramos sacarla por debajo, si bien con el contratiempo de haberse hecho una brecha en el fondo. Al punto que lo permitieron los dolores de mi fractura, salté á la lancha y atasqué el agujero con un pedazo de blusa de uno de los hombres que no se habia desnudado porque no sabia nadar, debiendo á esta casualidad nuestra salvacion porque conservaba su blusa, una navaja que tenia en el bolsillo, y un gran sombrero de marinerol holandés, recursos sin los cuales hubiéramos perecido. Así que logramos desocupar la lancha de la mayor parte del agua, y enlazarla á un cable del barco, se apareció mi perro arañando los costados de nuestra nueva embarcacion, á la que le ayudé á subir; un instante despues se rompió la amarra, y comenzó á marchar la lancha; llamé á mi segundo y al otro marinerol, que por dicha habian encontrado una pala que servia para atizar el fuego, y que nos hizo oficios de timon. Con nuestro auxilio montaron la lancha, desde la cual perdimos á poco de vista nuestro desgraciado barco.

A lo que creia debian ser las cuatro de la mañana, por lo que juzgaba no podia tardar en aparecer el dia, es decir, que habian transcurrido dos horas desde el momento en que nos vimos en el duro trance de abandonar nuestra barca. Lo que estorbó se fuera á pique con mas rapidez, fué sin duda alguna la clase de cargamento que conducia, compuesto de ciento cincuenta barricas de galleta, otros tantos barriles de harina y pellejos de manteca, todo bien acondicionado, ocasionando este motivo y su casualidad el que sobrenadasen, pues les penetraba el agua lentamente. Así que estuvimos en derriba nos esforzamos por mantener la lancha contra viento, y cuando fué de dia descubrimos una porcion de efectos que flotaban al rededor del punto de nuestro naufragio: un movimiento inesplicable de alegría esperimenté al reconocer entre ellos mi maleta, pues

contenia además de la ropa de mi uso, una porcion de botellas de agua de azahar, algunas libras de chocolate, azúcar, &c. Colgados del borde de la lancha conseguimos apoderarnos del cofre; intentamos descerrajarle en el agua, porque pesaba demasiado para introducirle dentro; mas nuestros esfuerzos fueron en balde; nos vimos en la sensible necesidad de tener que abandonarlo á merced de las olas con todas las escelentes provisiones que contenia, y por colmo de desgracia se habia vuelto á llenar de agua la lancha en esta operacion despues de haber estado á punto de ir en pique.

Tuvimos la fortuna de rocojer trece cebollas de las muchas que fluctuaban en la superficie, y esto solo y mi perro, sin una gota de agua dulce ni de licor alguno, eran las únicas provisiones con que debiamos subsistir, estando segun mi estima á mas de cincuenta leguas de tierra, y no teniendo para conducirnos palos, velas, remos ni ningun otro utensilio mas de un cuchillo, una blusa de que habiamos ya gastado un pedazo en atascar la brecha que tenia la lancha, y unos pantalones, prenda del marinerol que no sabia nadar. Desde este momento hicimos tiras el resto de la blusa y las trenzamos para fabricar una cuerda; en seguida, á fuerza de paciencia, desgastando las cabezas de los clavos conseguimos arrancar algunas tablas de las que guarnecian el interior de la lancha, y con ellas establecimos una especie de palo que sujetamos á la proa: de otro fragmento de tabla hicimos una verga, á la cual enlazamos las dos piernas del pantalon que operaban como velas y nos ayudaban á sostener la embarcacion contra viento, sirviéndonos de nuestro improvisado timon.

Como los pedazos de tabla que arrancamos del interior de la lancha eran demasiado reducidos en sus dimensiones para colocarlos como parapetos en la cinta, y estorbar que penetrara el agua cuando se ajitaba el mar, tuvimos necesidad de acostarnos sobre el borde de espaldas al agua, para recibir la ola é impedir que anegase nuestra embarcacion, en tanto que un marinerol desaguaba con el sombrero holandés. Además, hacia agua por el fondo, pues todos nuestros esfuerzos no bastaban á ajustar exactamente la brecha de la lancha. La noche siguiente á la del naufragio nos asaltó sin acabar de establecer nuestra especie de vela; el segundo dia se pasó mas tranquilo y comimos cada uno una cebolla, pues comenzaba á atormentarnos la sed; en la noche siguiente sopló viento recio y variable; algunas veces venia del Norte, lo que me causaba gran inquietud, pues solo podiamos esperar nuestra salvacion caminando hácia el Este ó al Oeste.

El tercer dia sufrimos mucho, no solo á causa del hambre y la sed, sino tambien por efecto del sol que nos abrasó de piés á cabeza. Aquel dia cojí mi perro y le hundí el cuchillo en la garganta, hecho que al recordarlo, ha arrasado de lágrimas mis ojos mas de una vez; pero en aquel momento no esperimenté sentimiento alguno de compasion; recojimos su sangre en el sombrero y bebimos de ella, con lo cual nos sentimos un poco refrigerados. El cuarto dia se mantuvo el mar ajitado, nos fué menester hacer

planchas de nuestros cuerpos, y terminó con un destello de esperanza que se dispó rápidamente. Descubrimos un sloop, pero no oyeron nuestros clamoros; traia direccion del Norte y nosotros caminábamos hácia Oeste. La pérdida de esta ocasion desanimó de tal modo á mis dos marineros, que rehusaron trabajar por salvar su vida; las súplicas y los ruegos eran en balde; nada les conmovia para continuar trabajando en desaguar la lancha. Ultimamente, mi segundo y yo, les persuadimos amenazándoles con darles muerte con la barra que hacia de timon, y matarnos nosotros en seguida. Esta amenaza les impresionó, cobraron un poco de ánimo, y continuaron como antes en su operacion.

Este dia dí á los demás ejemplo comiendo algunos bocados de carne de mi perro y un poco de cebolla, lo que me costó harto trabajo y repugnancia; sin embargo, una hora despues sentí que me habia dado algun vigor; mi segundo y dos marineros comieron tambien; otro no quiso ó no le fué dable decidirse á probar de aquel alimento.

El quinto dia apareció en calma y con mar sosegada. Al despuntar el dia divisamos un tiburon del tamaño de nuestra lancha, que no nos perdió de vista durante muchas horas, sin duda nos creia pasto destinado á sus enormes mandíbulas; tambien encontramos dentro de nuestra embarcacion un pez que sin duda se habia introducido en ella durante la noche; le dividimos en trozos y le masticamos por humedecernos la boca. Williams, mi segundo, tuvo este dia la generosidad de escitarnos á abrirle una vena para refrijerarnos con su sangre. Durante la noche tuvimos algunas ráfagas de lluvia acompañadas de viento; intentamos rocojer algun poco de aquella agua en el pantalon de nuestro marinerol, pero al probarla esprimiéndole la hallamos tan salada como la del mar. Tantas veces se habia empapado en ella que estaba percutido de sal: no nos quedó otro recurso que abrir la boca al cielo para recibir en ella las gotas de lluvia.

Al sexto dia, á pesar de mis reflexiones, resolvieron dos marineros beber agua del mar, lo que les ocasionó fuertes vómitos y una especie de delirio que los inutilizó para la maniobra. Mi segundo y yo teniamos un clavo en la boca, y de cuando en cuando nos rociábamos la cabeza. Intentamos muchas veces comer del perro con un poco de cebolla, pero cuando conseguia tomar tres ó cuatro bocados me consideraba dichoso. Williams siempre comia algo mas que yo.

El séptimo dia amaneció bellissimo, con brisa moderada y la mar en leche. Hácia el medio dia los dos marineros que se habian empeñado en beber agua del mar comenzaron á delirar, y en su enajenacion ignoraban los infelices si estaban en mar ó tierra; nosotros mismos estábamos tan débiles, que apenas podiamos mantenernos en pié ni atender á arrojar alternadamente alguna de la mucha agua que la lancha hacia por el fondo.

En la mañana del octavo dia, sucumbió uno de los marineros, y tres horas despues otro. Este dia al declinar el sol, tuvimos la dicha de divisar algunos picos de tierra de la punta oriental de la isla de

Tabago; la esperanza nos infundió aliento, al hacer rumbo hácia aquel paraje, nos encontramos auxiliados por una fuerte corriente y una brisa favorable. Esta noche la pasamos en la mas estraña situacion, con tierra á la vista, y al lado nuestro dos camaradas muertos; por fortuna al rayar el dia, distábamos solo cinco ó seis leguas de tierra, segun mi estima, y debia ser el último de nuestros padecimientos en el mar. Aunque apenas nos sostenian las piernas, trabajamos todo el dia por acercarnos á la ribera; al caer la noche cesó el viento y quedamos en calma, pero á cosa de las dos de la mañana nos impulsó la corriente orilla de la isla de Tabago, una de las Antillas, al pié de un crecido acantilado entre la pequeña Tabago y la bahía de Mon-Ofwar, que es la parte oriental de la isla. La lancha se abrió por efecto del choque, y mi camarada y yo nos arrastramos por tierra dejando en la embarcacion los restos de nuestros dos desgraciados marineros y los despojos del perro, ya en grado extremo de putrefaccion.

Sin poder sostenernos, deslizando nuestro cuerpo en contacto con la superficie del suelo y apoyados en piés y manos, encaramamos los enormes peñascos que colgaban casi á pico sobre el mar, de tres ó cuatrocientos piés de elevacion. La multitud de árboles que coronaban aquellas crestas, habia esparcido considerable porcion de hojas al rededor del punto á que conseguimos avanzar; nosotros reunimos algunos puñados, y acostados sobre ellas determinamos esperar el dia. Cuando llegó este momento suspirado, buscamos agua, y aunque la hallamos á nuestra inmediacion entre la concavidad de las piedras, era salada y nociva de beber; recojimos algunos mariscos que nos sirvieron para humedecer la boca despues de abrirlos con una piedra.

Serian las ocho ó las nueve cuando divisamos un joven caraiba que se dirijia á la lancha haciendo pié unas veces, y otras á nado, y que así que la esaminó comenzó á dar voces á sus camaradas con ademanes de estrema compasion. Al tiempo mismo que acudian á aquel sitio, nos descubrieron y corrieron á nuestro lado, el de edad mas respetable, que podia contar unos sesenta años, y dos mas jóvenes que supimos despues le interesaban como hijo y yerno, fueron los primeros que se acercaron con los ojos preñados de lágrimas. Articulando algunos sonidos, y mas que todo por medio de señas, traté de hacerles comprender que habíamos pasado nueve dias en el mar careciendo de todo; tambien comprendieron algunas palabras de francés, y me hicieron entender por señas que iban á buscar una canoa para trasladarnos á su cabaña. El anciano deslió de su cabeza un pañuelo y lo ató á la mia, y uno de los mas jóvenes puso á Williams su sombrero de paja, en tanto que el otro dió vuelta nadando á uno de los peñascos y nos trajo agua fresca, algunos panes de cazavé y un trozo de pez asado; pero de todo ello no pudimos probar bocado. Otros dos de ellos estrajeron los cadáveres de los dos camaradas despues de arrastrar á tierra la lancha, y los depositaron sobre una roca; en seguida, para trasladar

su canoa, nos abandonaron, dando las mas espresivas muestras de compasion.

Despues de medio dia, volvieron hasta seis de ellos trayendo consigo en una vasija de barro, una sopa que nos pareció escelente; sin embargo, mi estómago no la resistió; el de Williams no la rechazó; en menos de dos horas nos trasladaron á la bahía de Mon-Ofwar, donde tenian establecidas sus chozas; en la misma hamaca que poseian me instalaron despues de hacerme beber un cocimiento de yerbas muy grato, y un caldo de tortuga y pichon. Bañaron mis heridas que estaban agusanadas, con agua de tabaco y otras yerbas, y todas las mañanas me sacaban de la hamaca, y sostenido en sus brazos, me paseaban é instalaban bajo de un limonero, defendiéndome del sol con un cobertizo hecho de hojas de banano. Aquellas compasivas jentes desde el primer momento que nos vieron, tuvieron hasta la jenerosidad de proveernos de camisa y pantalón, prendas que poseian como curiosidad adquiridas de los barcos que de cuando en cuando acudian á comprar conchas de tortuga.

Despues de limpiar de gusanos mis llagas, me untaban las piernas con una especie de grasa que extraen de un animalejo que se cria en sus bosques, con lo cual, despues de resguardarlas del aire con hojas de banano, se curaron las innumerables grietas y vejigas de que estaba plagado. Gracias á tan escelente cuidado, estuve al cabo de tres semanas en disposicion de tenerme en pié, aunque con auxilio de muletas, como un convaleciente que sale de una gran enfermedad. Los insulares acudian á visitarnos de todas partes de la isla, y siempre con dádivas y obsequios que prodigaban con franca voluntad y que aceptábamos nosotros con agradecimiento. Hasta de la isla de la Trinidad, posesion española al Sur y á la vista de Tabago, vinieron jentes á visitarnos; en algunos pedazos de tabla grabé con un cuchillo mi nombre, entregándoselas á los caraibas para que las mostrasen á los buques que la casualidad encaminase á sus costas.

Casi desesperábamos de que arribara buque alguno, cuando tocó en el arenoso cabo del Oeste de la isla, un sloop procedente de Orinoco, cargado de mulas para San Pedro de la Martinica. Los indios les mostraron una de mis improvisadas tarjetas, refiriéndoles de paso nuestra situacion. Los que montaban este buque, hablaron de nuestra aventura en San Pedro, y como entre ellos habia comisionistas que me conocian personalmente y que estaban en relaciones mercantiles con mis principales armadores Rosco y Nylas, procuraron informarles de nuestra desgracia, lo que dió márgen á que espidieran con premura en nuestra busca una goleta al mando del capitán Young. Al cabo de nueve semanas de estancia entre aquellas jentes caritativas y jenerosas, aunque incultas, abandoné sus hogares, abandono que me causó tanta pena y agradecimiento, como sorpresa y alegría sentí al divisarlas por primera vez.

Al embarcarnos, nos suministraron provision abundante de bananas, higos, pájaros, pescados, frutos, y sobre todo, gran porcion de naranjas y limones;

tambien me regalaron un arco con su correspondiente dotacion de flechas, en cuyo uso me habian ejercitado, llevándome á cazar langostas de tierra muy numerosas en la isla y todas las islas desiertas de la zona tórrida. Nada era bastante á compensar la jenerosidad con que me habian tratado; tampoco poseia nada mas que mi mal parada lancha que habian remontado á su modo, y de la cual se servian para inspeccionar sus nidos de tortuga; como era mas ancha que sus canoas, les era mas útil y cómoda: por lo tanto hice que se quedaran con ella. El capitán Young, mi amigo y camarada, se puso de acuerdo conmigo para ayudarme á mostrar agradecimiento á mis bienhechores; me dió todo el rom que traia entre las provisiones, que por desgracia no eran mas que siete ú ocho botellas, y por su parte les dejó muchas camisas, pantalones de marinero, cuchillos, anzuelos, lienzo de velas para la lancha, clavos, cuerdas, y otros utensilios de menor cuantía.

Por fin, llegó el momento de separarnos, momento en que acudieron á la orilla hasta unos treinta individuos entre hombres, mujeres y niños, todos penetrados del mas profundo sentimiento, y mas que todos, el que me sirvió de padre, el que habia quitado de su cabeza el pañuelo para liarlo en la mia. Cuando el barco soltó las amarras, preñáronse de lágrimas nuestros ojos siempre clavados en aquellos humanos isleños, que por su parte sin separarse de la orilla, insistieron en pié hasta que nos perdieron de vista.

En tres dias arribamos á Barbada, donde recibimos de la isla entera testimonios palpables de cuanto les interesaba nuestra desgracia. Su jenerosidad y cariño no conoció límites.

XV.

ISLAS PELEW.—NAUFRAGIO DEL CAPITAN WILSON.

El Antilope, paquebot de la compañía de las Indias orientales, mandado por el capitán Enrique Wilson, llegó á Macao en Junio de 1783, é inmediatamente el capitán recibió orden del sobrecargo de la compañía, de preparar su barco para darse á la vela cuanto antes fuese posible. En su consecuencia levó anclas el 21 de Julio siguiente, con una tripulacion compuesta de veinte y tres europeos, de un intérprete nacido en Bengala, llamado Tomás Rose, y de diez y seis chinos; en total, cuarenta hombres.

El 9 de Agosto, despues de media noche, se entoldó el cielo á tiempo que corria viento fresco; á poco comenzó á llover y á declararse la tempestad. El primer ayudante que estaba de cuarto, se contentó con rizar velas, pensando que no fuese necesario informar al capitán y alarmar á toda la tripulacion; aquel oficial creyó que la tempestad se disiparía rápidamente, quedando reducida á una simple borrasca; pero en tanto que los marineros se ocupaban de la maniobra, gritó el que estaba de vijía:

¡rompientes! ¡rompientes! Casi habia llegado este aviso á oídos del jefe, cuando chocó reciamente el barco, poniendo en consternacion á todos. El capitán y la tripulacion corrieron á informarse qué causaba la sacudida que habian experimentado, y la confusion que reinaba en el puente. Una ojeada bastó para ponerles al cabo de su deplorable situacion.

El barco se inundó repentinamente de agua hasta las escotillas del primer puente, y en tal conflicto, la tripulacion acosaba al capitán pidiendo órdenes. Sin pérdida de momento, dispuso que unos trasladaran al puente las municiones, armas y provisiones á que perjudicara el agua, en tanto que otros abatian el palo de mesana, el palo mayor, las vergas y cuanto podia alijerar el barco, á fin de que no fuera á pique.

Dispusiéronse convenientemente las lanchas, proveyéndolas de armas, provisiones y de una brújula en cada una; dos hombres debian mantenerse constantemente en ellas, á fin de cuidar que no se averiasen chocando contra el barco; estos hombres estaban encargados de acoger la tripulacion en el caso de que el viento y el mar, que cada vez arreciaban mas, acabasen de inutilizar el buque. Todo se ejecutó con orden y esactitud, retirándose en seguida la jente hácia la parte de popa, que era lo que del barco estaba mas elevado del agua, y resguardado por los parapetos de su castillo, de la lluvia y del embate de las olas.

El cansancio, unido á la desesperacion, acrecia el desaliento de aquellas pobres jentes; pero el capitán, que era hombre prudente y firme, les infundió valor, mostrándoles las esperanzas que racionalmente podian tomar, al paso que les hizo sentir la importancia de conservar subordinacion y buen acuerdo en las maniobras que reclamara su situacion. Les esijió palabra de no beber licor espirituoso alguno, con objeto de que no atrajese la embriaguez confusion ni desórden: este punto era esencial. Dispuso en seguida que se distribuyese algun refresco, que consistió en un vaso de vino y racion de galleta; todavía se distribuyó otro segundo vaso de vino, y de este modo aguardaron con grande ansiedad la aparicion del dia por ver si descubrian tierra.

Aquellos momentos de obligada quietud é inaccion, sirvieron para animarse mutuamente, en tanto que la aurora mostró á sus ojos hácia el Sur una isleta distante tres ó cuatro leguas, y cuando aclaró mas, otras hácia el Este. Sin embargo, su imaginacion se alarmó de nuevo al pensar si estarian habitadas por pueblos salvajes que les pusieran en tanto riesgo como el naufragio mismo. A pesar de todo, embarcáronse algunos en las lanchas y partieron á reconocer las islas, bajo la direccion de Mr. Benger, el oficial que estaba de servicio en el puente al chocar el buque. En tanto que regresaban, desbarbolaron el barco para construir una balsa, pues de un momento á otro esperaban que se hundiera, y por las lanchas temian mucho, tanto á causa de los insulares, como por la mar, que estaba muy ajitada; pero á cosa de medio dia, con inesplicable contento divisaron las lanchas, que de regreso traian buenas

noticias. La isla estaba desierta; en ella habian dejado cinco hombres y las provisiones; estaba surtida de agua potable, y poseia un fondeadero abrigado. Con estas noticias redoblóse la actividad para acabar la balsa, muy adelantada al regreso de las lanchas; y despues de verificado, se distribuyó otro refresco de pan y vino. Todos habian sostenido su promesa de no probar licor. En seguida emprendieron á cargar la balsa con todos los víveres y municiones compatibles con la seguridad de los que debian montarla. Tambien se surtió de víveres y municiones la pinaza y el bote. Las armas en aquella ocasion, constituian tal vez el primer elemento de vida.

En esta disposicion, y tocando á su fin el dia, abandonaron los desgraciados náufragos el Antilope. Los hombres mas vigorosos de la tripulacion se encargaron de remolcar la balsa con la pinaza. La lancha remolcó el bote hasta salvar el arrecife. De este modo arribaron sobre las ocho de la noche al sitio en que quedaron sus camaradas, los cuales en vez de permanecer ociosos, emplearon el tiempo en desembrzar el suelo, y establecer con una vela una especie de tienda en que poder recibir á sus compañeros de infortunio.

Los que marchaban en la lancha y la balsa, lo pasaron muy trabajosamente hasta salvar el banco de arena, pues los golpes de mar eran demasiado recios, separaban muchas veces á gran distancia una de otra, y se vieron en la necesidad de amarrarse y asirse con todas sus fuerzas para no ser arrebatados de las olas. Los lamentos de los chinos, poco avezados á los peligros del mar, hacian lastimera esta escena. La balsa no fué posible examinarla á la orilla, por lo que hubo necesidad de trasbordar á la lancha los efectos y la gente, y dejarla asegurada despues con un rezon.

Cuando se vieron reunidos todos en tierra, experimentaron una impresion de alegría difícil de explicar: se apretaban con efusion las manos, y cada uno sentia en su alma uno de esos movimientos sublimes que resiste á describir el lenguaje mas tierno y mas enérgico. Distribuyéronse una racion de queso, pan y agua; descargando una pistola sobre una mecha, se proporcionaron fuego, á cuyo calor secaron sus vestidos; acostándose á descansar alternadamente á su rededor y al abrigo de su improvisada tienda de campaña. La noche estaba borrascosa, y por temor de que las embarcaciones padeciesen avería antes de haber estraído cuanto contenian, las arrastraron á la playa; un centinela que relevaban de tiempo en tiempo, estaba al cuidado de evitar ser sorprendidos por los aborígenas de las islas inmediatas.

Al dia siguiente trataron de abordar la balsa con la lancha, pero como el mar estuviese muy ajitado, costó gran trabajo, y se dieron por muy contentos con poder recojer el resto de provisiones que contenia. Cuando el tiempo calmó algun tanto, emprendieron una expedicion hasta el barco para recojer arroz y algunos efectos; pero á su regreso, se apoderó del ánimo de todos el desaliento, al escuchar el informe del contramaestre, que declaró que era im-

posible resistiese el barco los embates del mar, y que en su consecuencia debia renunciarse á la esperanza de ponerle de nuevo á la vela. Esta infausta nueva, que alejaba toda idea de regreso, turbó las imaginaciones de todos, que así se veian separados para siempre del universo, ó entregados á merced de pueblos bárbaros. Al dia siguiente, como el temporal no permitiese salir al mar, se ocuparon en establecer tiendas que les pusieran al abrigo de la intemperie.

Durante la mañana se divisó una piragua que doblaba una punta de tierra para entrar en bahía; al pronto se alarmaron todos y buscaban aprestos de defensa, pero como viese el capitán que no venia mas que otra en su compañía, ordenó que permaneciese quieto todo el mundo hasta ver de penetrar las intenciones de los insulares. Hizo que le siguiera Tom Rose, que hablaba el malayo, y se encaminó al sitio de la ribera á que se dirigian las piraguas; mandó á Tom Rose que les saludara en aquel idioma, pero aún cuando al parecer no le entendian, se detuvieron al escucharle, y á poco preguntaron á su vez si éramos amigos ó enemigos. Tom se apresuró á contestar que éramos amigos, y náufragos desgraciados. Los insulares se hablaron entre sí; un malayo que les acompañaba les enteró de nuestra contestacion, y al punto saltaron al agua y llegaron á la orilla. El capitán salió á recibirlos, les abrazó afectuosamente y les llevó á su tienda, donde presentó á todos sus oficiales y compañeros de infortunio. Hasta ocho ascendia el número de insulares que desembarcaron, y mas tarde supimos que entre ellos venian dos hermanos del rey. El capitán les convidó á almorzar tratándolos del modo mas propio á disipar los temores que concibieron al principio. El malayo que se hallaba entre ellos dijo á los ingleses que él habia mandado un buque chino, y que hacia diez meses habia sido arrojado á la isla Pelew; que los habitantes de aquella isla eran de costumbres dulces y humanas; que apenas habia sabido su rey el naufragio, envió dos piraguas por si podian ser de alguna utilidad á los náufragos.

Todos estos pormenores consolaron á la tripulacion y cada uno se puso á dar gracias á Dios por hallarse entre aquellos hombres de quienes podian esperar socorros. Los isleños eran de color cobrizo y no cubrian ninguna parte del cuerpo; tenian la piel lisa y brillante porque se untaban con manteca de cacao. Solo el hermano mas jóven del rey llevaba barba; los demás, segun costumbre, se la habian arrancado de raiz. Jamás habian visto á europeos; así es que su admiracion fué grande al ver la piel blanca de los ingleses.

El capitán Wilson y su jente, resolvieron acceder al deseo que los naturales habian mostrado al ver un inglés en Pelew, de que se dejaran ver del rey: Wilson eligió á su hermano Matías, que partió con algunos isleños, y el cual debia presentar al rey un pedazo de paño azul, una caja de té y otra de azúcar cande. Acompañó tambien á Matías Wilson el hermano pequeño del rey, pues el otro, que se llamaba Raa-Kuk se quedó con una canoa, tres isleños y el malayo que servia de intérprete. Raa-Kuk

se habia aficionado á los ingleses; queria verlo todo y parecia siempre de buen humor; deseaba que le dieran cuenta de cuanto veia, á fin de imitar lo que hacian los náufragos; informábase del principio y de las causas de sus operaciones, ofreciendo ayudarles en sus trabajos, y hasta soplar el fuego para sus comidas. Este príncipe era comandante de los guerreiros del rey su hermano.

Dos dias despues de la partida de Matías Wilson, arribaron dos piraguas cargadas de batatas cocidas y cocos. En uno de estos esquifes venia Arro-Kouker, hermano tambien del rey, acompañado de un jóven de veinte años, sobrino suyo. Este jóven participó á los náufragos por medio de los dos malayos intérpretes, que su padre, el *rupack* de las islas Pelew, pues tal era el título que tomaba el rey, veia con placer á los extranjeros en sus estados, y les hacia saber que eran dueños de construir un buque en la isla donde se encontraban, á menos que no prefiriesen pasar á la en que él tenia su residencia, para estar bajo su proteccion inmediata.

Despues de estas esplicaciones, el capitán Wilson pidió con inquietud noticias de su hermano, á quien no veia. Arro-Kouker le tranquilizó diciéndole que se habia retardado á causa de los vientos, y que indudablemente vendria ya navegando. En efecto, á poco apareció Matías Wilson, y dió á sus compañeros una nueva seguridad de la bondad de los isleños, refiriéndoles la jenerosa acogida que le habian dispensado.

Con tales garantías, se pusieron desde luego los náufragos á construir su buque, que en poco tiempo lograron ver acabado. El mismo rey de Pelew vino con parte de sus súbditos para verlo botar á la mar, lo cual se verificó el 9 de Noviembre, dando al navío el nombre de Oroulong, en memoria de la isla donde habia sido construido. En la mañana del 11 al rayar el dia se vió en el palo mayor una bandera inglesa y se disparó un cañonazo para anunciar la partida. Momentos despues se levó ancla y partió el buque á toda vela, llevando á su bordo á uno de los hijos del rey de Pelew, que quiso á todo trance pasar á Europa. El 30 de Noviembre llegaron felizmente los ingleses á Macao, dirigiéndose en seguida á Canton, desde donde volvieron á Inglaterra.

Li-Bou, hijo del rey de Pelew, murió en Lóndres de una enfermedad de viruelas. Viendo aprocimarse su fin, dijo á Mr. Sharp, médico del navío que le habia llevado á Europa: "Buen amigo, cuando vayais á mi pais, decid á Abba-Thule, mi padre, que Li-Bou tomar mucha tisana para quitar viruela; pero morir, capitán bueno, madre buena (1). ¡Oh! mucho sentir no poder contar á Abba-Thule cuántas cosas bellas encierra este pais..."

XVI.

ESPORADES OCEANICAS.

Comprendemos bajo el nombre de *Esporades Oceánicas* la isla Vaihon ó de Pascua, y la isla Sala

(1) La esposa del capitán Wilson.

y Gomez, que son las dos tierras mas remotas de la Polinesia. Vamos á describir la primera.

La isla Vaihon está situada, segun Beechey, á los veinte y siete grados, seis minutos y veinte y ocho segundos de latitud Sur, y ciento once grados, treinta y dos minutos y cuarenta y dos segundos de longitud Este. Es de forma triangular y tiene cerca de cinco leguas en su mayor anchura: su puerto, que se llama la bahía de Cook, esta á los veinte y siete grados, ocho segundos latitud Sur, y ciento once grados, cuarenta y cinco minutos longitud Este. El punto culminante de la isla se halla á unos mil cien piés sobre el nivel del mar.

Hidi-Kidi (Oedidée), taitiano, que acompañaba á Cook, resumió perfectamente la impresion que produce Vaihon, diciendo: *tuata mailai, uenona ine*: "los hombres buenos, la tierra mala." En efecto, todo anunciaba una antigua civilizacion, perdida para los actuales habitantes, y es que la esterilidad habia cambiado la faz del pais. Cook ha calculado la poblacion de aquella isla de seis á siete mil almas; La Perouse en dos mil, y Beechey en mil doscientas sesenta. Segun Roggween, son de estatura gigantesca, pero Beechey dice que no pasa esta de cinco piés y siete pulgadas y media inglesas: un navegante (creemos que sea La Perouse) asegura que viven en comunidad de bienes.

Esta isla, cuyos diferentes nombres europeos tienen la misma significacion, y los ingleses y americanos llaman *Castel's-Island* los franceses *Ile de Pâques* (isla de la Pascua) y los naturales *Vaihon*, fué descubierta el dia de la Pascua, 6 de Abril de 1772, por la division holandesa, á las órdenes del almirante Roggween, que la bautizó con el nombre de Paasen (Pascua) en celebridad del dia.

Apenas se presentó su division á la vista de la isla, cuando un natural de elevada estatura y fisonomia agradable, se dirigió á ella en una piragua y subió á bordo sin la menor ceremonia. Aquel hombre, verdadero polichinela segun los jestos y ademanes que hacia, correspondió al recibimiento amistoso que se le hizo con toda clase de demostraciones. Remedaba, como un mono, cuanto veia hacer, y divirtió mucho á la tripulacion. Comió con mucho apetito los manjares que le dieron: pero en lugar de beber el vino que le ofrecieron, se lo echó á los ojos, cosa que escitó la risa jeneral; y mas de un marinero blasfemó contra el pícaro que hacia tan poco caso del jugo divino. Cuando se volvió á tierra, gritaba con toda la fuerza de sus pulmones: *¡odorroga! ¡odorroga!* palabras que espresaban sin duda su despedida ó salud.

No sabemos qué diria á sus compatriotas acerca de la hospitalidad que habia recibido en el navío holandés, y si tentó su codicia ó despertó injustas sospechas sobre las intenciones de los europeos; el resultado es que cuando al dia siguiente saltaron los holandeses á tierra, vieron agitarse de una manera estraña varios grupos de aquellos insulares, y aún les pareció que sus fisonomias no eran tan simpáticas como la del arlequin de la víspera, resolviendo en su consecuencia precaverse cuanto pudieran de aquella jente. Los hechos justificaron esta descon-